

PRÓLOGO

DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA.

Que la ciencia arqueológica ha prestado á la humanidad grandes y relevantes servicios, cosa es de suyo indiscutible. La Arqueología, con el estudio de los monumentos que son su esencial objetivo, ha abierto, por decirlo así, de par en par las puertas de los tiempos más antiguos y remotos, y ha suplido ventajosamente la falta de los relatos escritos. La historia de los pueblos de aquellas vetustas edades yacía envuelta en el misterio, hasta que las cosas y los objetos arquitectónicos, escultóricos, pictóricos y epigráficos, descubiertos en feliz hora, nos han traído los datos precisos á su cabal y exacto conocimiento. Y con su auxilio desvaneciéronse los errores, desaparecieron los obstáculos y las dificultades, y surgieron, como por encanto, los verdaderos orígenes, las costumbres, las leyes, las formas de gobierno, las cronologías históricas, la vida íntima y pública, en una palabra, de países y naciones que nos eran de todo en todo desconocidos é ignorados. Las obras de arte, concienzudamente estudiadas, disiparon las tinieblas de la ignorancia y pusieron de relieve los hechos más ocultos. ¿No es razonable, pues, decantar los triunfos de la Arqueología, como única ciencia encargada del examen y estudio de los monumentos de la antigüedad?

Más aún: las disputas y controversias nacidas de opiniones opuestas, ó suscitadas por la inseguridad y la duda, dejaron de existir ante la simple inscripción, la tosca estatua y la grosera pintura, más elocuentes, sin embargo, con todos sus defectos, que las disquisiciones por los sabios hechas. El tiempo empleado por los polemistas en sus inacabables discusiones, fué tiempo perdido al revelarse la verdad por las obras artísticas. Así resultan más completas y decisivas las victorias por la Arqueologia alcanzadas.

Y si lo particular se sujeta y subordina siempre, lógicamente hablando, á lo general, ¿qué diremos del interés que la ciencia arqueológica reviste bajo el punto de vista religioso? ¿Qué diremos de la Arqueología cuando estudia los monumentos peculiares y propios del Cristianismo? En nuestras puras y saludables creencias basta la fe, lo sabemos; pero también es cosa vulgar y corriente que los partidarios de otra religión y los afiliados á particulares sectas han negado la veracidad de nuestras doctrinas y han rechazado, á veces, hasta los hechos ocurridos y aun las personas que existieron. Y cuando no llegaron á tanto, llegaron á la duda. Pues viene la Arqueología, y viene con el sarcófago, con el mosaico, con la estatua, con la inscripción, y refuta y destruye todos los argumentos y todas las sutilezas, y nuestras verdades, firmes por la fe, se fortalecen y hacen indestructibles por los monumentos. La Arqueología ha triunfado del

PRÓLOGO.

error y ha reducido á la nada las maliciosas interpretaciones. La Arqueología ha demostrado la impotencia de los enemigos de nuestra santa y hermosa religión.

Cristianos y católicos, no podíamos desconocer el subido precio de obra tan importante como la obra de Martigny, obra que, por la multiplicidad y la riqueza de sus datos, todos fehacientes, se opone, de modo naturalísimo, así al refinado escéptico como al egoista indiferente; obra que, por sus pruebas, todas visibles y palpables, sirve para afirmarnos en nuestras sagradas creencias, y obra que, sin esfuerzo alguno, establece y fija la perfecta armonía que existe entre el texto de nuestros libros sagrados y el texto de los libros de la ciencia. Y no extrañen los lectores de este Diccionario semejante afirmación; porque las catacumbas de Roma, las primeras basilicas y todos los monumentos religiosos del arte cristiano, dicen y pregonan, por doquier, cómo no caben contradicciones ni oposición entre la religión y la ciencia, y cómo, en contrario, fraternizan y se completan al extremo de formar un todo correlativo. La Arquitectura, la Escultura, la Pintura y la Epigrafía han conservado hasta hoy, de manera asaz indeleble, los religiosos hechos de nuestra sublime Redención y los gloriosos asuntos que tuvieron directo enlace ó íntima conexión con aquéllos. Pues bien, Martigny ha coleccionado en su obra todos los recuerdos artísticos, y de ahi la importancia y el valor de su Diccionario.

Razones tan poderosas como las expuestas, nos movieron á su versión á nuestro idioma, y nos decidieron á impetrar el asentimiento del sabio y respetable Episcopado español. Esas razones nos obligaron á no reparar en sacrificios, y nos obligaron á consultar á las autoridades religiosas y profanas peritas y competentes en la materia. Todavía recordamos con placer nuestras entrevistas con los venerables y dignísimos representantes de la Iglesia á quienes pudimos visitar personalmente. Nuestro propósito mereció su aprobación y fué objeto de cariñosos elogios. El Cardenal P. Zeferino González, entonces Arzobispo de Sevilla, en cuya diócesis residimos, aplaudió el proyecto y aceptó la dedicatoria de nuestro humilde trabajo. Los Cardenales Arzobispos de Toledo, Zaragoza y Valencia; los Arzobispos de Burgos y Granada; los Obispos de Cádiz, Córdoba, Málaga, Jaén, Barcelona, Huesca, Ávila, y los restantes Prelados, cuya personal visita se nos hizo imposible, nos recibieron, aquéllos con su bondad y dulzura características, y todos se mostraron pródigos en halagüeñas frases á nuestra empresa. Un nombre ilustre debemos evocar en esta ocasión: el personaje que lo llevó no existe, pertenece á la eternidad, y su memoria nos es tan grata como sensible su llorada desaparición. Nos referimos al reputado arqueólogo, presbítero Dr. D. Francisco Mateos Gago, cuyos paternales consejos no olvidaremos nunca, y cuyas familiares entrevistas, á pesar de la terrible enfermedad que lo llevó al sepulcro, fueron para nosotros otras tantas valiosísimas lecciones, provechosas en alto grado para la tarea que nos imponíamos. ¡Cuán lamentable ha sido para todos su pérdida!

Además, y para que de nosotros huyera todo reparo y todo recelo, y persistiéramos en la animación y en la confianza, la Providencia nos deparó, para revisar, corregir y pulimentar nuestra labor, al inteligente maestro en el decir, al galano y castizo escritor, al orador elocuentísimo y sabio Catedrático de la Universidad Central, Dr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, encargado de la censura de esta traducción, y que aplaudió con entusiasmo la noticia del proyecto.

Pues apenas se dan á luz los primeros cuadernos, el público los acoge con avidez. Las varias y diversas clases sociales se suscriben por igual. La favorable aceptación es unánime. Y ¿por qué? Por lo que arriba expusimos. Nuestras doctrinas, nuestros dogmas, nuestras verdades se defienden con irrecusables pruebas, con los monumentos hijos del Arte; y es que en el sentir y en el pensar religiosos, los españoles, aparte la distinta ilustración, y salvo muy raras excepciones, todos piensan y sienten por igual; que así como la Cruz dominó, desde las sangrientas alturas del Calvario, en toda la humanidad, así la religión del Salvador, el Cristianismo, domina en nuestra Nación.

Natural ha sido, por tanto, la buena recepción de este libro, si atendemos á su objetivo y á su especial índole.

Respecto á que la versión haya resultado fiel y exacta, creemos suficiente garantía la concurrencia del docto Sr. Menéndez Pelayo. Su autoridad, en cuanto á los dos puntos que ofrecían para nosotros dificultades, la traducción del idioma y la traducción de la idea, nos llenó de confianza. Y cómo no?

En el alma sentimos y deploramos que, al traer á nuestra habla española este Diccionario, no hayamos también traído algunas nociones relativas á los monumentos de la Península; pero somos francos: ese particular estudio requería suficiencia por nuestra parte, y tiempo para su preparación; cosas ambas de que, por hoy, carecíamos. Además, esta traducción ha exigido cuantiosos sacrificios. Así, limitándonos ahora á realizar nuestro primer propósito, empeñamos, no obstante, nuestra palabra de publicar, en igual forma que la seguida por el abate Martigny, un trabajo comprensivo de las obras que el arte cristiano nos legó, y que en crecido número existen en España. Como ofrecemos de buena fe, esperamos cumplir nuestra promesa.

Y no se piense que por tal deficiencia resulta incompleto este libro.

Todas las antigüedades cristianas nacionales tienen, en este Diccionario, seguro y eficacísimo guía para su estudio y conocimiento. Las asperezas y accidentaciones que esas obras artísticas ofrecen en general, para su clara inteligencia y fácil comprensión, se explican con ingenuidad y sencillez. Los monumentos que no llevan consigo las señales y los signos, los detalles y los datos precisos é indispensables á su cumplida interpretación, se determinan en sus caracteres, en su época y en su historia, si al Diccionario de Martigny se acude y si se le consulta con oportunidad. Con este libro huelgan los demás medios, en punto al arte cristiano, en los seis primeros siglos de nuestra Era.

¿Puede, en efecto, darse nada más compendioso y breve, al par que instructivo, que el artículo *Inscripciones*, por lo que hace al estudio de la Epigrafía? Y ¿caben conocimientos más concisos y lacónicos, al par que minuciosos, por lo que enseñan, que los comprendidos en el artículo *Sarcófagos cristianos?* Y á este tenor podríamos enumerar las varias y distintas materias que hacen del Diccionario un doble monumento científico y literario.

No terminaremos este trabajo sin hablar de una especie que con frecuencia oímos, y que conceptuamos falsa de toda falsedad. Hase dicho y hase afirmado que esta obra sólo pertenece y sólo incumbe y atañe al clero. Dificilmente se dará juicio más erróneo, repetimos. El Diccionario de Antigüedades Cristianas comprende, trata y discute asuntos teológicos propios de los ministros de la Iglesia Católica, como comprende, trata y discute cuestiones arquitectónicas y pictóricas propias de los hombres de ciencia, sin que esta variedad del contenido altere ni rompa su unidad, y sin que se oponga á que su lectura y estudio se hagan por los profanos en materias religiosas, ni por los eclesiásticos ajenos y extraños á la ciencia. Lo que sí demuestra tal contexto es lo que ya dijimos en otra parte de este Prólogo: que la Religión y la Ciencia marchan y caminan juntas y en amigable consorcio, sin discrepancias ni disconformidades. Y bajo este punto de vista, el Diccionario es de inestimable valor.

La idea de Martigny de ilustrar su obra con grabados tan alusivos á los monumentos artísticos, que pueden reputarse como su exacta fotografía, fué, en verdad, felicísima y plausible. Porque el grabado, en la forma que se nos da, es innegable que sirve de fiel intérprete á las brillantes explicaciones del autor.

Y vamos á concluir.

La forma de diccionario, preferida por el canónigo de Belley, tiene el mérito de una originalidad que muy pronto encontró imitadores, en Inglaterra con Smith y Cheetham, que publican, en 1875, después de la primera edición de la obra de Martigny, un Dictionary of christian anti-

quities, y en Alemania con Kraus, que, en 1882-86, da á luz su Real-Encyklopadie der christtichen Altetrhümer. ¿No avalora semejante proceder la iniciativa de nuestro autor? En España no teníamos una obra que especialmente se ocupara de los monumentos cristianos de los primeros siglos. Por eso quisimos traducir este Diccionario. Si obramos con acierto ó si nos equivocamos, á la Religión y á la Ciencia nos sometemos en absoluto, y á su fallo y veredicto nos entregamos con la tranquilidad de ánimo y de conciencia del que cree haber contribuído con su pobre y pequeño óbolo al sostenimiento y defensa de preciadisimos intereses.

Écija, 8 de Noviembre de 1891.

El traductor, RAFAEL FERNÁNDEZ.

APROBACIÓN DE MONSEÑOR GÉRAULT DE LANGALERIE

OBISPO DE BELLEY, HOY ARZOBISPO DE AUCH

Á LA PRIMERA EDICIÓN.

Nos, Pierre-Henri Gérault de Langalerie, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Belley, hemos dispuesto se examine con escrupulosa atención el Diccio-NARIO DE ANTIGÜEDADES CRISTIANAS, por M. el Abate Martigny, arcipreste y canónigo honorario de nuestra diócesis, debiendo manifestar que dicha obra no contiene nada contrario á las verdaderas doctrinas católicas: veneración, respeto á las tradiciones religiosas y acendrado amor á la Iglesia revelan todos sus artículos.

Científicamente considerada esta obra, demuestra profunda erudición y consigue realizar por

feliz manera la alianza de la fe con la critica.

Semejante libro aparece en el momento histórico en que tenaz lucha se sostiene en el mismo terreno donde tuvo sus origenes la antigüedad cristiana; por lo cual opinamos que el Diccionario de M. el Abate Martigny defiende con oportunidad los orígenes de nuestra religión, valién-

dose de las sabias investigaciones científicas. Precisos y exactos conocimientos sobre cuestiones religiosas que los profanos ignoran, y que muchos eclesiásticos conocen de manera asaz incompleta, se tocan y tratan en este libro. Una de sus partes es nueva, por no estudiada antes de ahora en Francia: es aquella que estudia, entre los monumentos antiguos, las catacumbas de Roma y las producciones artísticas que la piedad de los primeros cristianos multiplicara al infinito bajo la forma de símbolos, de figuras ó de fórmulas relativas al dogma y á la disciplina de la Iglesia.

Materias más conocidas, como las que se refieren á las costumbres y leyes de la primitiva Iglesia, son tratadas de manera tan nueva como es posible, y repetidas y valiosas pruebas tomadas de la Arqueología, se aducen y citan en apoyo de cuanto ha sancionado el uso inmemorial de la erudición eclesiástica.

También debemos decir que los artículos tienen moderadas proporciones, á pesar de que cada uno de ellos contiene acabado cuadro de las doctrinas sustentadas: y el hombre de ciencia afanoso de saber, encontrará á cada paso numerosas citas, siempre oportunas y eruditas.

Dichosa nuestra diócesis, que, ventajosamente conocida ya por los trabajos de los Greppo y de los Gorini, ha sido la cuna de libro tan importante y útil como el que es objeto de nuestro

Con el mayor placer damos al autor este testimonio público de nuestra satisfacción, y recomendamos su Diccionario á nuestro clero, así como á cuantas personas son amigas de la lectura de obras morales y piadosas.

+ PIERRE-HENRI, Obispo de Belley.

Belley, 21 de Diciembre de 1864.